

uso que hace de ellas, al convertir los documentos oficiales e institucionales en fuentes que muestran el accionar histórico de gentes que se resisten a ser vencidas por las culturas occidentales hegemónicas. Y lo es, también, por la propuesta de utilizar las fotografías como fuentes para la reconstrucción y la explicación de procesos históricos importantes para nuestro presente. Esto me permite destacar que la propuesta metodológica del profesor Daza fue consecuentemente desarrollada.



Además, la bibliografía utilizada muestra la conveniencia de la comparación de estudios históricos. En efecto, el profesor Daza recurre a una serie de estudios históricos regionales, tanto de lo que hoy es Colombia como de otros países, para orientar su búsqueda de fuentes, establecer las diferencias y similitudes entre estudios sobre frontera y misiones, y clarificar sus propuestas teóricas y metodológicas. En este punto, creo que debo señalar la ausencia de dos textos que considero fundamentales en un estudio de este tipo: el de Víctor Daniel Bonilla, *Siervos de Dios y amos de indios. El Estado y la misión capuchina en el Putumayo*, Tercer Mundo, Bogotá, 1968 y Jorge Villegas Arango y Fernando Botero Herrera: "Putumayo: indígenas, caucho y sangre", en Cuadernos Colombianos, Medellín, vol. 3, núm. 12, Bogotá, marzo de 1979 y, aunque no puede ser un reclamo porque lo conocen muy pocos historiadores, mi artículo titulado: "La política de colombianización de sal-

vajes: El caso huitoto", en Palabra, Popayán, núms. 3-4, Universidad del Cauca, febrero-julio 1987.

ALONSO VALENCIA LLANO
Centro de Estudios Regionales,
Región
Profesor
Universidad del Valle

1. Cita de Cynthia Radding, "Comunidades en conflicto. Espacios políticos en las fronteras misionales del noroeste de México y el oriente de Bolivia", en *Desacatos*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, otoño-invierno 2002, núm. 10, págs. 48-76.
2. Erick D. Langer y Robert H. Jackson, "Colonial and Republican Missions Compared: The Cases of Alta California and Southeastern Bolivia", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 30, núm. 2, abril, 1988, págs. 286-311.
3. Enrique Florescano, "Etnia vs. Nación", en *Nexos*, México, vol. XXII, núm. 258, junio 1999, pág. 61.
4. Eugenio de Valencia, *Historia de la Misión Guajira, Sierra Nevada y Motilones, Colombia (América)*, Valencia, Imprenta de Antonio López y Comp., 1914, pág. 1.

La fotografía contribuye a la historia



Los guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución". Una travesía hacia la conquista espiritual de los wayúu

Vladimir Daza Villar

Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y de las Artes de la Guajira, Riohacha, 2005, 118 págs.

El profesor Vladimir Daza Villar ha sido un incansable recorridor del país y del pasado para realizar sus investigaciones. Sin caminar un kilómetro físico del territorio, su análisis lo ha hecho a través de la máquina del tiempo representada en archivos y bibliotecas nacionales. *Los guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución"*, fue ganador de la convocatoria cuarenta años del de-

partamento de la Guajira, que ofreció este estímulo a la investigación en la modalidad de publicación de trabajos ya terminados.

El libro, de modo sencillo, busca realizar un panorama en el que se analice lo que el autor denomina la "travesía hacia la conquista espiritual de los wayúu". Las misiones católicas, el papel de la orden de los capuchinos en la catequización, la actitud de los caciques, capitanes y regidores y el impacto de toda la dominación religiosa entre los años 1890 y 1945, entre la mencionada comunidad indígena colombiana, reconstruyen esa transformación ideológica que se hizo con los niños wayúu a partir de los orfanatos.



La Guajira colombiana ha sido motivo de estudio por la antropología moderna en temas como el parentesco, la familia, el concubinato y la reciprocidad. Pero el libro de Daza Villar toca de modo específico el 'lavado cerebral' con creencias y concepciones religiosas distintas a las indígenas, y el orgullo y la rebelión conque la cultura que habita en la península caribe, no logra ser del todo dominada: "El adoctrinamiento católico fue central en la vida cotidiana de los orfelinatos wayúu. La 'clase de religión' era diaria y el domingo se realizaba un repaso de todo lo visto durante toda la semana. Según el vicario de la Goajira, 'antes y después de la comida rezan sus preces; por la tarde el santo rosario y antes de entregarse al sueño elevan al cielo su última plegaria'" (pág. 43).



El trabajo de Daza Villar es casi una fotografía que no ha sido tomada por el autor, sino por los mismos protagonistas dominantes que el escritor trae a cuento. Los hace hablar a través de los papeles que dejaron en los archivos y son ellos mismos quienes se ponen la soga al cuello. Así, por ejemplo, en la primera década del siglo xx, el padre Antonio Valencia dice: “Entre los indios guajiros el egoísmo más grande y más refinado, con otra multitud de vicios, es el que predomina en la sociedad conyugal. El indio ni ama a sus mujeres ni a sus hijos; el resultado de todo esto es hacer hijos hurafios y celosos” (pág. 48). Dejado así, el anterior texto parecería darle la razón a su expositor, pero el asunto es más complejo, pues los orfelinatos tenían la función de desorientar los principios fundamentales de la cultura wayúu, cuyo eje principal es el principio de reciprocidad.

Daza Villar va contraponiendo en su análisis situaciones que en los archivos se han ido carcomiendo de olvido con el paso del tiempo. Reconstruir todas esas etapas lleva al autor a que se convierta en un reconstructor que deja ver como la Conquista, después de muchos siglos de aparente solución histórica con el paso de la Colonia y la llegada de la Independencia, seguía haciendo gala como en la primera llegada de los españoles a suelo americano. Pero quienes ayudan a mantener ese estado de cosas eran ahora los criollos durante los años de la República. En el Archivo General de la Nación, con fecha 20 de febrero de 1913, se encuentra un documento donde el co-

misario especial de la Guajira, general Francisco Daniel Pichón, envía un comunicado al ministro de Gobierno donde señalaba, según su criterio, como los orfelinatos representaban una salida práctica al servicio de la Misión Guajira, para controlar y reducir a los wayúu, a los que definía del siguiente modo: “Una tribu altanera que aún conserva sus primitivas costumbres y todavía se cree dueña de absoluta independencia”.

El investigador Daza reconstruye, desde otro ángulo, desde aquel en el cual el reverencial homenaje no se da porque se omiten los consabidos aplausos, para poder mostrar así el reverso de la historia, ese lado oculto en el que han de aparecer, y al descubierto, ciertas posiciones radicales como las que eran frecuentes entre liberales y conservadores, así como la de las personalidades de comienzos de siglo que se unían de vez en cuando en la política ante la necesidad militar de vencer a los wayúu: “El general Rafael Uribe Uribe proponía que para que fuera eficaz ‘la máquina de reducir a los indígenas’, debe contraponerse de tres piezas, las cuales habrían de funcionar como se advierte, de manera complementaria: la colonia militar, el cuerpo de intérpretes y el misionero” (pág. 65).



A partir de los archivos, Daza Villar incorpora a su texto testimonios en los que la anécdota de los sobrevivientes confirma lo que yace en los anaqueles de los archivos. La ingenuidad de algunos de los entrevistados pone en evidencia como el com-

portamiento que tenían era, para ellos, algo normal, no digno de censura. El maltrato era una política educativa admitida por los cánones que regían la vida en los orfelinatos. Monseñor Livio, en una entrevista realizada por Daza, recordaba que además de enseñar en los asilos para niños lectura, historia patria, geografía de Colombia, historia sagrada, instrucción cívica y canto, sucedía lo siguiente en la enseñanza de la virtud cristiana del perdón: “Un muchacho peleó con otro, le pegó un puño y le sacó sangre por la nariz —usted sabe que entre los indígenas la sangre es sagrada— y ya quería el ofendido meter a la familia. Yo le dije, déjeme a mi cargo. Yo agarré al agresor y le dije ‘tú tienes que pedir perdón’. Se quedó pensando y dijo: ‘no’. Yo lo amarré con los brazos atrás y lo puse debajo de una escalera. Lo dejé amarrado de noche. A la hora fui y le pregunte ‘tú vas a pedir perdón’, pero no contestaba. No me había dado cuenta de que allá afuera había un pequeño sumidero de mosquitos. Total que yo me levanté seis veces. A las cinco de la mañana, apenas abrí la puerta me dijo: ‘Padre perdóneme’. Yo le acoté: ¿Tú mañana le pides perdón? ‘Sí padre’, respondió el muchacho” (pág. 47).

Las dificultades para los misioneros provenían principalmente del clima y las condiciones sanitarias. La indagación de Daza muestra que se trataba de jóvenes sacerdotes españoles de la orden de los capuchinos que se internaban en un territorio inhóspito, en el cual se hacían sentir también las balas que provenían de la guerra de los Mil Días. Riohacha, como ciudad, padeció a comienzos del siglo xx los estragos del conflicto. Los sacerdotes recibían en las casas de la Misión a muchos conservadores perseguidos por los liberales. Entonces la trashumancia se hizo presente. Las casas fueron trasladadas a Guamachal y Guarero. Muchos misioneros tuvieron que refugiarse en Venezuela y aquellos que no lograban escapar, morían de fiebre amarilla.

En un texto relativamente pequeño en paginaje como el de Daza

Villar, se encuentran innumerables datos que reconstruyen una historia olvidada. Es como si al dibujarse a través de su escritura esos vacíos, se pudiera reconstruir mejor la memoria de un país que está hecho de retazos, de microhistorias, casi siempre consideradas de segunda categoría por no representar los episodios magnos. La tesis del autor de *Los guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución"*, señala otro elemento más que se incorpora a la dominación religiosa y es la temprana utilización de la mano de obra que requería el desarrollo comercial y agrícola capitalista, generado en los años veinte y treinta. Los comerciantes riohacheros se aprovecharon de la mano de obra indígena para agrandar sus negocios. En 1915 se llevaron cuatrocientos indígenas entre hombres y niños a trabajar en la Zona Bananera de Santa Marta. De este modo, se estaba preparando lo que se llamó el auge del banano y sus terribles consecuencias de años posteriores, en lo que se conoció en 1928 como la masacre, y que, Gabriel García Márquez, a través de la ficción de *Cien años de soledad*, universalizó para cientos de miles de lectores con un tren que salía de la región y arrojaba al mar cientos de cadáveres. Lo que Daza hace es darle propiedad histórica a ese contorno y mostrar cómo en aras de la civilización y el progreso el discurso de los capuchinos sólo buscaba repetir que "el indígena 'no era amigo del trabajo', bien sea en la región del Mitú o de la Guajira".

La recopilación fotográfica que hace Daza tiene su lenguaje. Son retratos a la usanza de la época, es decir, la cámara delante de quienes esperan, en pose, ser recogidos en el negativo. El misionero español con su sotana y de largas barbas blancas, se halla sentado y a su alrededor, los indígenas destacados con sombrero y su indumentaria. En otro caso aparecen las religiosas con docenas de niños de los orfanatos. La fotografía etnográfica es el testigo mudo. Su silencio permite plasmar instantes en los que, gracias a la imagen, lo abstracto desaparece para

unificar en el lector o la persona que ve, un mundo con características propias, creadas por nuevos organizadores de la vida de los indígenas. Pero más allá de esa presencia gráfica, el silencio es total. No se lee el pensamiento, no se conoce de la aplicación de un sentido ideológico. En *Los guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución"*, el discurso está por fuera de la evidencia fotográfica. A su margen está el otro decir, el del escritor que comenta y reconstruye desde los archivos escritos. Esto hace perder una buena posibilidad de encuentro con los hechos, con la lectura que puede surgir de la imagen. Es, entonces el lector, sin la ayuda del autor, quien debe meterse en la imagen que ha dejado la cámara, para hablar del personaje que el libro comenta y que desde ese momento deja de ser un fantasma, para convertirse en un ser de carne y hueso como opera con el padre Valencia, uno de esos seres que deambularon de letra en letra por muchas de las páginas de Daza.



La fotografía de los niños, clásica en los colegios de religiosos, se registra a través de una tribuna de escalones que se halla oculta con la presencia corporal de los infantes. El texto de Daza, por aparte, explica lo que significaban esos párvulos, la materia prima de los albergues: "[...] los mismos niños de los orfanatos eran utilizados como una estrategia de acercamiento a los wayúu. Luego de fundado el orfanato de San Antonio, era común que la banda de niños músicos saliesen de 'gira' por

las rancherías para cautivar a los indígenas. En julio de 1928 'una lujosa representación' de la banda indígena realizó una gira por las rancherías de Guamachal, Jejel, Rincón, Catirulinse, Arenasain, Cabra, Seiba, Yuna, Santamaría, y Garra-patamana para celebrar las fiestas de la Virgen del Carmen" (pág. 54). Palabra e imagen van sumando para armar esas piezas de un rompecabezas que se hallaba disperso en el pasado y que, como dice su autor, se manifiesta en el hecho de que hoy, ya no se escuchan nombres wayúu, como Chisa, Sasana, Mashca, Mapalana, ahora lo que se escucha en las rancherías son nombres católicos y los traídos por la prensa, la radio y la televisión como Cindy y Leidy.

ÁLVARO MIRANDA



Un título excesivo

Historia de los ferrocarriles de Colombia

Alfredo Bateman Quijano

Sociedad Colombiana de Ingenieros, Página Maestra Editores, Bogotá, 2005, 203 págs.

Es preciso comenzar esta reseña bibliográfica, con énfasis en la naturaleza de este escrito que consiste en reseñar una publicación, y no mencionar a su autor. Pero antes de sumergirse en el libro, es preciso manifestar hacia el ingeniero Alfredo Bateman Quijano el más grande respeto y admiración por sus labores y logros (se sienten simplemente abriendo las páginas del texto), que fueron hechos en virtud de sus dones y vocación relacionada con su profesión, y con el gusto del servicio a la sociedad colombiana.

Desde el prólogo, escrito por una de las máximas autoridades del país en esta materia, el doctor Alfonso Orduz Duarte, se deja entrever que no se resalta a la obra escrita, y más bien se orienta a resaltar esfuerzos